

Hacer la América

Eugenia Revueltas

A veces, cuando la nostalgia se vuelve intolerable, camino a lo largo del malecón flanqueado por espigadas palmas reales que un presidente con visión paisajística, ordenó plantar allá por los años cuarenta. Camino lentamente y casi sin darme cuenta, este mar tropical suave y azul en el verano, grisáceo y a veces violento, agitado por las tormentas, en el invierno; bordeado por pequeñas casas pintadas de blanco o de amarillo austriaco, que rápidamente se van maculando con las sombras pelagrosas del salitre y de las que una algarabía de acompañados sonidos de tambores, güiros, tumbadoras y flautines sale impetuosa de los radios puestos a todo volumen, se va transformando a impulsos de mis recuerdos, en mi entrañable y frío mar cantábrico y puedo ver, si entrecierro los ojos: las casas de piedra sillar con techos de dos aguas, rodeadas de pinares; a un grupo de muchachas entre las cuales va, tal vez, aquella que un día amé, caminar por los verdegueantes senderos; veo a mi padre dirigir su rostro, cincelado por los trabajos y el estudio, hacia el horizonte mientras yo, niño casi adolescente, toco sumido en mi propio ensueño, la gaita antigua de mi abuelo. Mi mirada se acusa y va penetrando por las calles, las casas y las iglesias; tomo los viejos caminos, aquellos que por años recorri y luego a la tahona del cojo Erasto y finalmente encuentro la farmacia de mi padre donde, como siempre, está fumando tagarnina tras tagarnina, mientras platica y perora convencidamente, de la nueva sociedad que está por llegar, del triunfo del pueblo sobre sus explotadores mientras el rostro de Kropotkin desde su pardo marco, contempla con sus centellantes ojos eslavos, a la acalorada concurrencia.

Recostado en estas enormes piedras que protegen al malecón del continuo batir de las olas que lamen mis callosos pies, pienso que tal vez hace seis meses, ayer, hoy mismo, mi padre ha sido asesinado o quizá y esto es más terrible, calla amargado, asiste puntual a la misa o el rosario, para asegurar el carnet y sostener a los que quedaron o que escucha al "Gerundio" Goicochea, que aprovecha la situación y se burla de los destrozados ideales de mi viejo.

A veces, cuando la tristeza me agobia, cierro los ojos y tirado en este camastro que debo a la generosidad de otro gallego no refugiado como yo sino inmigrante, recuerdo cómo contemplé por última vez las rías, el apergaminado rostro de mi padre, la cálida robustez de Rosalia, la novia que segura de mi olvido no obstante mis promesas, servía ya, de báculo a mi padre y al Joselin, el extemporáneo hermano que mis viejos, en un último arrebato amoroso me habían brindado.

Contemplo la amarillenta luz del foco vacilante y pálida, que apenas si ilumina el centro de este bochornoso cuarto dejando en la penumbra los rincones, de donde salen reptando mis recuerdos. Las imágenes del ayer y el ahora se mezclan y juegan entre sí en un caleidoscopio de múltiples, casi diría infinitas, combinaciones. Me veo tomando el tren vecinal que traqueteante, como si tuviera ruedas octogonales, me iba alejando de mi tierra y me acercaba a Madrid, que es más que madrastra, fiera cruel e irónica, para los gallegos. Estudiar música, llegar a ser un ejecutante de fama mundial y en el colmo de mis desbocadas fantasías, un compositor de primera línea; ser aplaudido a rabiar en Londres, Viena o Berlín, frontera extrema de mi sueño, que me hizo abandonarlo todo, sin conmiseración para nada ni para nadie. Giro un poco el rostro y el foco ya no es el del vagón de tercera clase sino el del camarote del *Vita*, también de tercera clase y no de quinta o sexta, por que no las había; el foco pegado al techo del camarote y recubierto por una telilla de alambre, parpadea a través de una espesa capa de polvo grasoso acumulado a lo largo de innumerables y bamboleantes odiseas, mientras náuseas incontrolables arquean mi cuerpo y un vómito ácido y amarillento me cubre el rostro multiplicando mi asco mientras lágrimas de rabia, de frustración, fluyen de mis ojos.

Cuando llegué a Madrid, verdaderamente aporreado por tantas horas de viaje, me fui directo a la casa del tío Belarmino, que ya había hablado con el dueño del café donde trabajaba desde hacía más de quince años, sin que la fortuna se le mostrara nunca propicia, para solicitarle una plaza para mí. El hombre aceptó y desde el primer día empecé a trabajar duro y sin pausa. Cada vez que tenía que bajar a la bodega para buscar las garrafas de vino, un foco pendiente de un sucio cable golpeaba contra mi cabeza; el foco siempre estaba pringado de cacas de moscas y de restos de babosas telarañas, no importaba que se cambiara cada año, que era lo que solía durar. Ese foco como el que ahora contemplo, pareciera que fuera invariable presencia que signara mi vida. Charoleaba de la mañana a la noche: chatos, cortados, tapas, churros, ensaladilla rusa, vino, manzanilla, anisetes, pan, tortilla, judías con tocino, fabada, cocido, pan, churros, chocolate, café, en una especie de tiovivo desenfrenado, mientras las fuertes y silbantes voces castellanas orquestaban un *ostinato* casi stravinskiano. Había conseguido que el patrón me concediera dos tardes libres a condición de trabajar diez horas más a la semana, haciendo todo lo que se necesitara en el momento: fregar vasos, platos y cubiertos, ordenar la bodega, hacer el corte de caja, cuando la Pilar faltaba, cargar costales de harina o tomar la vieja bicicleta para ir por los fiambres a lo de don Gervasio, allá por Ventura de la Vega. Trasijado de fatiga, me iba a la escuela de música y era como entrar a un paraíso de escalas, melismas y cadencias; el coro luchando con algún problema rítmico de *Carmina Burana* mientras en el aula contigua cuatro jóvenes, mal vestidos y entusiastas se aplicaban a encontrar el verdadero sentido de un cuarteto de Schubert; las interminables, mecánicas y necesarias escalas del Hanon; la soprano con capretino, que intenta una y otra vez dar un do siete, que siempre se le estrangula en la garganta.

Habíamos zarpado de la Habana, que como vieira opalescente reposaba en la ondulante concha de su bahía. Nos habían brindado una tibia acogida pues decían

que el dictador en turno, estaba harto de los republicanos refugiados. Tiempo atrás se había negado a dar el permiso de desembarco a un vapor que transportaba a judíos que escapaban de la Alemania hitlerina y que hubieron de regresar a Europa —pues nadie los quiso recibir— a morir, en algún campo de concentración.

Nos habían confinado en un amplio galerón iluminado por focos que desde los extremos, más que alumbrar, hacían más profundas las sombras; nos habían dado una manta a cada uno para cubrirnos y lo que es más importante, habíamos visto en los ojos de los que nos recibieron, simpatía. Dicen que Antonio Machado, desde su casa en el exilio, pegada a la frontera, contemplaba añorante y con la muerte en el corazón las vacilantes lucecillas del pueblecillo fronterizo y que vivir fuera de la patria, no pudiendo vivir en ella, le pareció intolerable y prefirió morir. Yo estoy aquí, sumido en las sombras viendo a lo lejos la luz cintilar en las ventanucas, y no me muero.

A medida que nos acercábamos a las costas mexicanas el aire se iba haciendo más cálido y una tibia y húmeda brisa humedecía nuestros rostros mientras las gaviotas nos mostraban graciosas el pausado y deslizante garbo de su vuelo; de repente y como surgida de la nada, la costa gris y azul, las torres pequeñas y blancas de la plaza y de la catedral del puerto. Salimos todos a cubierta y en pleno grito de euforia vimos aterrados cómo una escuadra de aviones se dirigía hacia nosotros; todos nuestros terrores, todos los recuerdos de las casas y los cuerpos destrozados, del silbante y retardado zumbido de las bombas, el traqueteo de las ametralladoras, el aullar perentorio de las sirenas, el gritar incontrolado de la muchedumbre; todo, como una pesadilla en encabritado galope, acudió a nosotros y espantados corrimos como ratas acorraladas hasta que la tripulación nos explicó que no había nada que temer, “no temáis, es la aviación del gobierno del General Cárdenas que les da la bienvenida ¡son amigos! Amigos. El pueblo acudió a recibirnos, y aunque algunos nos veían con desconfianza, pues nos creían una especie de anticristos —la propaganda fascista hacía mella en las almas ingenuas—, tuvimos suerte en desembarcar en Veracruz que siempre fue bastante anticlerical. La acogida fue magnífica: flores, cantos, comida, abrazos. Al otro día, la lucha por la vida.

En la mesilla que el tío Belarmino me proporcionó, tenía yo una lámpara de metal que en alguna ocasión fue dorada pero que ya para ese entonces, el cardenillo había enverdecido de tal manera que parecía que fuese un lagarto aletargado, que abriese su único y somnoliente ojo para iluminar las páginas de mi cuaderno pautado. Las clases con los maestros Plá, Serrano y Halfter me iban guiando por los intrincados caminos de la armonía y la composición, estructuras musicales tradicionales y la nueva música, pero tal vez lo que más me interesó en aquellos años, fueron las conferencias sobre música española, ritmos primarios y folklore que impartió el legendario Don Manuel de Falla. Su espigada figura como que se galvanizaba cuando hablaba del Cante jondo o cuando describía a la Niña de los Peines; a veces iba acompañado por aquel ser prodigioso que fue Federico García Lorca con sus enormes ojos y su gracia de niño; recuerdo un día que se sentó frente a un piano vertical, esos pianos omnipresentes en cualquier conservatorio, armonizando con magistral sencillez “los Cuatro muleros”, “Las mocicas de

Jaén” y unas nanas andaluzas. Así, como sin hacer nada, rescatando toda la fuerza y el acendrado lirismo de la música vernácula.

Prudencio, el gallego que me dio albergue en su casa, fue el que me presentó con Chinto Ramos el director de la banda de músicaailable más famosa del puerto. “Mira Chinto, mi paisano es buen músico, tocaba primero en Madrid y luego en Barcelona en una orquesta sinfónica”. Chinto me pidió que tocara algo “que no sea clásico, que aquí a mi gente como que le da sueño”; así es que me arranqué con un pasodoble. Desde aquel día todo los domingos tocaba en el salón del balneario de Villa del Mar, en la tertulia —al medio día— y en la noche; aprendí a tocar con buen ritmo jarocho: guarachas, danzones, guaguancós, son montuno, blues, swing, boogie-boogie, además de eternos pasodobles que las parejas bailaban entusiastas de punta a punta del salón para resarcirse del contenido bailar del danzón clásico, sobre un mosaico o casi.

Cuando triunfó la República recibí una carta de mi padre. Iba a venir como delegado anarquista. No había cambiado, las medidas del gobierno republicano le parecían inadecuadas, lentas, sin realizar verdaderos cambios a la vetusta estructura social de España, “con estas contemporizaciones, no vamos a ningún lado. Oye por cierto, te estás portando como un señorito canalla, no te comprometes políticamente y sólo andas tras las faldas de cualquier pindonga. No puedo creer que en estos dos años no hayas tenido tiempo para escribirle una letra a Rosalía, ya se ve que estas madrileñas te han sorbido el seso... en fin me largo, que aquí me voy a morir de rabia. Todos ustedes no tienen remedio”. Bajo la luz parpadeante de los focos del andén vi desaparecer lentamente el tren en el que se alejaba mi padre desilusionado de Madrid y de mí.

Me cautivan estos veracruzanos desinhibidos, francos, violentos, picardientos y gritones; que bailan como si hubieran nacido únicamente para hacerlo. A veces hacen cosas que no logro comprender, como el entusiasmo con que celebran las fiestas de la Covadonga. Durante tres días bailan incansables: pasodoble, jotas, farrucas chotises y pasodobles, disfrazados de gallegos, asturianos o andaluces, con sus rostros blancos, morenos o negros. No importa. Sonrientes y sudorosos, hermosos o feos como macacos bailan, beben y comen sin parar, mirando altivos e irónicos a los fuereños que no comprenden su modo de ser: “Pendejos, el pellejo se arruga, nos ponemos feos, gordos y canosos pero el corazón no envejece... ¡Chilangos tenían que ser!”.

Cuando estalló la rebelión franquista, en cierto modo no nos tomó desprevenidos, pues por todo el país había síntomas ominosos. La vieja polaridad entre las dos Españas tenía que llegar a esta confrontación. Naturalmente me afilié a las milicias y tras una brevísima instrucción militar, salí al campo de batalla. Cuántos sueños, cuántas ilusiones truncadas... aquí, recostado en la trinchera, comido por los piojos, lagrimeantes los ojos por el polvo, tomo mi fusil mexicano y me dispongo a matar o a que me maten. Por las noches los rondines dejan pasar la opaca luz de sus linternas... ¡Salud camarada! No soy un héroe de película ni nada que se le parezca, pero oigo resonar muy dentro de mí las palabras de mi padre y sigo luchando, con los pies sumidos en el barro, y una profunda sensación de desamparo.

Un día decidí que tenía que ir a la ciudad de México. Aquí en Veracruz no había ninguna posibilidad de hacer música clásica. Chinto me dio una carta de recomendación para un director de banda que había sido su compañero, pero cuando llegué a la capital me fui por recomendación de Prudencio, al café del Tupimamba que se había transformado en el cuartel general de los republicanos. Pasados los años una leyenda diría que en una mesa, la madera se había ido desgastando hasta que se hizo un agujero y que era el resultado de cientos de enfurecidos dedos índices, que golpeaban sobre ella, mientras alguno de nosotros gritaba convencido ¡Este año cae Franco! Aquel día, un poco hambriento y un mucho desesperado, fui al café; en medio del aroma de los puros, del ruido de las cucharillas golpeando el vaso de café, reclamo para llenarlo de nuevo, de los gritos de las discusiones políticas, en medio de todo, encontré a Leoncio, que había sido compañero en el conservatorio. “Marcos, los camaradas nos hemos reunido para formar una banda en un centro de ayuda a los refugiados allá por las calles de Carranza. Vente, tal vez de allí podremos dar el salto a la sinfónica”.

Tocábamos tres veces a la semana y yo había ido adquiriendo gran habilidad para tocar música popular, además las mujeres que iban a bailar se dejaban seducir por nuestra fama de perseguidos, antifascistas, revolucionarios... la verdad es que son bastante noveleras. La vi pasar, danzando, casi diría, deslizándose. La cara sonriente, los cabellos negros peinados a lo Marlene Dietrich, el amplio vestido de gasa alborotado a su alrededor como si fuera un maravilloso girasol. La vi y una necesidad angustiosa de poseerla me invadió. Leoncio apenas me vio contemplarla me dijo entre dos pausas “dicen que es la viuda de un camarada asesinado en Valencia. Parece ser que era un extraordinario violinista”. Ella seguía danzando atenta sólo al placer egoísta, autosuficiente, del bailarín nato. Me la presentaron y yo me puse a contarle mi tenebrosa odisea republicana que, finalmente y sin dejar de ser cierta, me servía para conquistar, pero pareciera que un impenetrable buen humor la obligara a sonreír y moverse como una mariposa. Girasol, mariposa, ola, nube, nunca pude retenerle. Creo que nunca nadie logró hacerlo, ni el camarada asesinado.

Decidí que no podía seguir viviendo así, a salto de mata, tocando tres veces a la semana, viviendo en minúsculos apartamentos que alquilábamos varios compañeros en el centro de la ciudad por las calles de López, Dolores, Ayuntamiento o por el Monumento a la Revolución, donde vivía un viejo amigo de mi padre un catalán indomable que murió en su ser.

Alguien me dijo, ya no recuerdo quien —o tal vez prefiero no recordarlo—, “Marcos si quieres agenciarte dinero extra, por qué no te conviertes en un compositor negro. Muchos lo estamos haciendo; aquí está de moda la música española y hay un compositor afamado que es generoso y paga bastante bien”. Resistí por un tiempo pero cuando Mariposa voló, hastiada de este miserable amor de citas en cafés de chinos y hoteles de mala muerte, decidí que aquí como allá: *poteroso caballero es don Dinero*.

Aquel compositor tenía un discreto despacho en el centro cerca de Ayuntamiento, donde estaba, creo que todavía está, la estación radiofónica más importante de la ciudad. Amable y yo creo que hasta compadecido: “Mire compañero, necesito

que me haga algunas canciones de tema español; tengo pensado hacer una como geografía musical española; en este momento sería un *Hit*, con tantos de ustedes por estas tierras consumidos por la nostalgia. Se las pago bien compañero, pues yo sé mejor que nadie lo duro que es nuestro oficio. No, no quiero explotarlo sino ayudarlo.

Siete canciones escribí y cada vez que las fui a entregar una cólera impotente y desesperada hacía acelerar los latidos de mi corazón, pero cobarde como soy, nunca opuse resistencia y como un cordero sonriente, las entregué.

Abandoné la música y puse como tantos otros, una librería. Han pasado muchos años. Nunca quise volver a España a enfrentarme con los fantasmas de mis sueños ni con el rostro viejo y amargado de Rosalía. Me he casado con una paisana que, hija de viejos inmigrantes, se burla un poco de mis arrebatos republicanos y cuando la hartó, sonriente me dice: "*Marcos debes irte de nuevo a Veracruz a destilar tu bilis negra*".

A veces cuando la nostalgia se vuelve intolerable, regreso a este puerto y sentado a la orilla del mar, dejando que mis pies se hundan en la suave arena negra, veo a lo lejos la Isla de Sacrificios, la Isla Verde, las Islas Canarias y rodeando la zalea del toro, veo el puerto de Vigo; mi mirada baja por las rías y finalmente allá al fondo, contemplo la casa de mi padre colgando de las colinas, no destechada y en ruinas como seguramente lo estará, sino erguida, con su veleta enhiesta, mientras aquí, en la orilla de esta tierra que nunca quise abandonar, oigo por la sinfonola del restaurant de Villa del Mar, aquel pasodoble, uno de tantos que entregué por hambre, por cobardía. Cierro los ojos y me digo: finalmente hice la América.